

Viejas Historias en Verso

Iván Ros Navarro

Iván Ros Navarro

VIEJAS
HISTORIAS
EN VERSO

Capítulo 1

SUEÑOS DE GUERRA

Suena a los lejos
el rugir de cien tambores
de miles de hombres
siervos de sus señores.

La libertad estaba en nuestra mano
pero era la guerra y había que luchar,
luchar contra padres, hijos y hermanos.

“Si la libertad queréis tener,
deberéis afrontar esta realidad:
Ellos son muchos más...
Pero con nuestra fuerza y coraje
no nos podrán vencer.”

Ese fue el grito de guerra
de nuestro gran líder
que marcó toda una era.

Recorrimos el paraje,
todavía no veíamos a nuestro enemigo,
pero dado nuestro nuevo coraje,
ya no le teníamos ningún miedo.

Ya a pocos metros estábamos
alzamos nuestras espadas
y con los escudos en las manos
preparados para la batalla.
Llegamos a sus líneas con fuerza,
empujando con dureza,
reduciendo su coraje
y su esperanza en la victoria.

Tenía al enemigo cara a cara.
Mi escudo detuvo su espada,
mi espada se clavó en su pecho
y sangre salió a borbotones.
Mi cara ya estaba manchada
con sangre que no era mía
me apresuré a sacar mi espada

del cuerpo de mi enemigo.

Los flancos enemigos flojeaban
Y muchos marchaban en retirada
con la espada en mano alzada
dimos la batalla por ganada.
Un gran fallo nuestro
pues tenían un as en la manga,
sus jinetes avanzaron por retaguardia
arrasando nuestros arqueros.

Estábamos completamente rodeados,
había enemigos por todos los flancos,
pero no podríamos retirarnos
cuando la libertad estaba en nuestras manos.

Los lanceros que quedaban
se reunieron en retaguardia,
mientras nuestros jinetes contraatacaban.

Mi escudo paró su lanza
mi espada cortó su cuello
que cayó de lleno al suelo
mientras sus ojos me miraban.

De repente, sus arqueros,
comenzaron la lluvia de flechas
que tapaban el cielo,
aunque no sólo los nuestros,
los suyos también cayeron.
Muy cobarde, pero nos vino bien
pues a ellos les pilló de espaldas
pero nosotros nos pudimos proteger.

Nuestros jinetes rodearon sus flancos
ahora deteriorados,
y pronto a sus arqueros
sin poderse defender.
Ahora estábamos igualados,
como al principio de la batalla,
pero llegaron nuestros aliados
recobrando nuestra esperanza.

Mi escudo paró su hacha,
mi espada rebotó en el suyo
de un empujón caí al suelo,
donde la tierra estaba helada.
Rodando esquivé la arremetida

y su hacha se clavó en la tierra.
Aprovechando el momento
recogí mi espada del suelo,
y me levanté enseguida,
clavándosela en el pecho.

Sus tropas tocaron retirada,
aunque esta vez
nuestros jinetes les siguieron
acabando con todos ellos.
La victoria era nuestra.

Y ahora sé
que más que mil espadas
sin líder capaz alguno,
son cientos alzadas
tras uno.

Capítulo 2

SUEÑOS DE GUERRA

Suena a los lejos
el rugir de cien tambores
de miles de hombres
siervos de sus señores.

La libertad estaba en nuestra mano
pero era la guerra y había que luchar,
luchar contra padres, hijos y hermanos.

“Si la libertad queréis tener,
deberéis afrontar esta realidad:
Ellos son muchos más...
Pero con nuestra fuerza y coraje
no nos podrán vencer.”

Ese fue el grito de guerra
de nuestro gran líder
que marcó toda una era.

Recorrimos el paraje,
todavía no veíamos a nuestro enemigo,
pero dado nuestro nuevo coraje,
ya no le teníamos ningún miedo.

Ya a pocos metros estábamos
alzamos nuestras espadas
y con los escudos en las manos
preparados para la batalla.
Llegamos a sus líneas con fuerza,
empujando con dureza,
reduciendo su coraje
y su esperanza en la victoria.

Tenía al enemigo cara a cara.
Mi escudo detuvo su espada,
mi espada se clavó en su pecho
y sangre salió a borbotones.
Mi cara ya estaba manchada
con sangre que no era mía
me apresuré a sacar mi espada
del cuerpo de mi enemigo.

Los flancos enemigos flojeaban
Y muchos marchaban en retirada
con la espada en mano alzada
dimos la batalla por ganada.
Un gran fallo nuestro
pues tenían un as en la manga,
sus jinetes avanzaron por retaguardia
arrasando nuestros arqueros.

Estábamos completamente rodeados,
había enemigos por todos los flancos,
pero no podríamos retirarnos
cuando la libertad estaba en nuestras manos.

Los lanceros que quedaban
se reunieron en retaguardia,
mientras nuestros jinetes contraatacaban.

Mi escudo paró su lanza
mi espada cortó su cuello
que cayó de lleno al suelo
mientras sus ojos me miraban.

De repente, sus arqueros,
comenzaron la lluvia de flechas
que tapaban el cielo,
aunque no sólo los nuestros,
los suyos también cayeron.
Muy cobarde, pero nos vino bien
pues a ellos les pilló de espaldas
pero nosotros nos pudimos proteger.

Nuestros jinetes rodearon sus flancos
ahora deteriorados,
y pronto a sus arqueros
sin poderse defender.
Ahora estábamos igualados,
como al principio de la batalla,
pero llegaron nuestros aliados
recobrando nuestra esperanza.

Mi escudo paró su hacha,
mi espada rebotó en el suyo
de un empujón caí al suelo,
donde la tierra estaba helada.
Rodando esquivé la arremetida
y su hacha se clavó en la tierra.
Aprovechando el momento

recogí mi espada del suelo,
y me levanté enseguida,
clavándosela en el pecho.

Sus tropas tocaron retirada,
aunque esta vez
nuestros jinetes les siguieron
acabando con todos ellos.
La victoria era nuestra.

Y ahora sé
que más que mil espadas
sin líder capaz alguno,
son cientos alzadas
tras uno.

EL BUSCADOR DE LA LUNA

Esta es la historia de un viejo herrero
que todo lo que herraba, terminaba
como decía el pájaro de mal agüero.

Cansado de herrar porque erraba
se fue de la ciudad en busca de una amada
una que no conocía, por ahora,
pero que en sus sueños estaba.

Cabalgando sobre sus propias piernas,
porque el pobre herrero
de pobre también erraba,
llegó allá a lo lejos
donde la gente ya no miraba.

Un bosque perdido, necesitaba,
y como siempre alerta estaba,
por si las moscas, herró una lanza
por si un animal erraba.

El bosque era oscuro,
y sol ya había caído
así que al herrero que erraba
se le ocurrió hacer un fuego

para calentarse la fría barba.

Un ruido se adentró en el bosque
y el herrero buscaba
por si encontraba alguna cosa
que por el bosque erraba.

El herrero temeroso, herró una espada,

“¿Quién yerra por ahí?” – Preguntaba.
Pero nadie contestó al herrero
que en el bosque erraba.

Tras varios minutos de incertidumbre,
otro ruido escuchó, y cansado de tener miedo,
el herrero fue con su espada en mano,
la espada que antes herró.

Después de mucho errar y no encontrar,
con algo se topó, y maravillado se quedó.
Aquello que el herrero había encontrado
era ni más ni menos que la Luna.

¿Qué haces errando por este bosque? – el herrero preguntó
Necesitaba dejar atrás las estrellas - la Luna contestó.

Después de tanto errar
el herrero la había encontrado.

Aquella era la mujer
con la que había soñado.

El herrero en realidad no había errado,
era un sueño y ya se había acabado.
El herrero despertó y dirigiéndose al Cielo,
señalando a la Luna, dijo:

- Espero que la protejas allá donde te la hayas llevado.